



LOS LABRIEGOS VALENCIANOS.

ROMANCE HISTÓRICO

en que se refiere el noble comportamiento de esta honrada clase, durante el bombardeo de Valencia en
 Octubre de 1869.

Valencia, patria querida,
 fértil y hermosa Valencia,
 jardín copiado del cielo,
 paraíso de la tierra.
 Valencia del alma mía,
 vergel rico que te ostentas
 cual una gruesa esmeralda
 que orla en parte una turquesa;
 la esmeralda lo parece
 tu verde y frondosa vega,
 la turquesa el mar dormido
 que suspirando te besa.
 Valencia, patria famosa
 de pintores y poetas,
 que á nadie nunca has cedido
 en religiosas creencias.
 Valencia, ciudad bendita,
 que en tu seno amante encierras
 por ángeles modelada
 de Dios á la Madre escelsa.
 Virgen de Desamparados
 la llamas humilde y tierna,
 á la que dulce sonrie
 cuando llorando la impetras.
 Valencia, patria amorosa,
 que de lirios y azucenas
 perfumado y blando lecho
 diste á mi cuna modesta.
 ¡Oh Valencia de mi vida!

yo nunca he sido poeta,
 soy un coplero que canta
 sus placeres ó sus penas;
 soy un pájaro que errante,
 falto de método y reglas,
 dá sus trinos quejumbrosos
 á tus brisas plañideras.
 Soy un hijo, que mirándote
 se estasia y embelesa,
 y enamorado te canta
 sencillísimas endechas.
 Hoy quiero, madre del alma,
 de entusiasmo el alma llena,
 de mis hermanos queridos
 cantar sublimes grandezas.
 No me importa que escudándose
 en su escesiva modestia,
 el rubor pintado mire
 en sus megillas morenas.
 No me importa... calumniados
 son muchas veces, y es fuerza,
 que una vez siquiera tan solo
 la justicia resplandezca.
 Que esos labriegos honrados,
 que con sus sudores riegan
 este suelo en que mi vista
 estasiada se recrea;
 á esos labriegos honrados
 suele la envidia rastrera



calumniar, y de asesinos
y de traidores moteja.
¡Asesinos y traidores!...
calumnia ignoble y artera;
de otro modo se portaran,
madre mia, si lo fueran;
de otro modo bien distinto
sin duda se condujeran,
cuando há poco al contemplarte
en dias de amarga prueba,
á sus hermanos abrian
de sus moradas las puertas,
llorando como las propias
las desventuras agenás.

* * *

El año mil ochocientos
sesenta y nueve de priesa
hácia su fin caminaba,
pues del mes de Octubre era
el quince, ¡dia bendito!
¡dia de Santa Teresa!
Pero ¡ay! que dia de luto
se nos mostró entre las nieblas
de los vapores rogezios
de sangre ardiente que humea,
por donde quier que la planta
sobrecogida se asienta.
Ocho dias ya, que horrible
se ha iniciado una contienda
entre la tropa y paisanos,
que con pertinacia ciega,
por la política ingrata
se baten, sin que se pueda
augurar quién la victoria
alcanzará en la pelea.
Cuadro triste que mi pluma
á pintar ¡ay! se me niega,
que todos son españoles
los que con sin par fiereza,
con sangre de hermanos suyos
los aceros ensangrentan.
¡Cuadro triste! cada calle
parece una fortaleza,
los baluartes las casas,
los balcones las almenas;
y entre los clamores bélicos
que por el aire resuenan,
se oye el silbo de la bala,
y del cañon que retruena

se escucha el ronco mugido
que de espanto el alma hiela.
Los ancianos, las mugeres,
los niños medrosos tiemblan
y los enfermos suspiran,
sintiendo que sus dolencias
se aumentan, sin la esperanza
de que un lenitivo tengan.
En este estado se anuncia
otra mas terrible nueva:
en cuanto el dia siguiente
triste y medroso amanezca,
si la ciudad no se rinde,
si el *paisano* no se entrega,
con mil proyectiles huecos
y puntería certera,
un monton se hará de escombros
de la ciudad de Valencia.
En tal estado las madres
á su pequeñuelo besan
entre sollozos tristísimos
lágrimas vertiendo acerbas;
los enfermos se amilanan
y el anciano triste reza.

* * *

Cuadro lúgubre mostraba
la campiña de Valencia;
cuadro triste que á mi mente
aun ahora se presenta
con bien tétricos colores,
y que pintar no quisiera.
Por donde quier las familias,
que de sus casas se alejan,
faltas de hogar y de abrigo
afligidas se contemplan.
Se ven mugeres llorosas,
ancianos que andan con pena,
enfermos desfallecidos
y niños que de mil quejas
y alaridos desgarrados
el espacio triste pueblan.
¿Habeis visto la campiña
de esta ciudad pintoresca?...
Un rio, cinta de plata,
manso y límpido riela
entre los cañaverales
que á su paso amante besan.
Por donde quier grata sombra
dán frondosas alamedas,

y un tapiz de verde gualda
 por todas partes se ostenta,
 del que erguidas se destacan
 magestuosas palmeras,
 pinos esbeltos y armónicos
 y cipreses que recuerdan
 en diminutos calvarios,
 que en cada pueblo se observan,
 al Redentor de los hombres
 y á su santa Madre escelsa.
 Mil torres miran los ojos
 erguirse hermosas y esbeltas,
 de los templos sacrosantos
 donde el labriego venera
 los patronos de su pueblo
 en que tiene una fé ciega.
 Y del sol al rayo trémulo
 matices de oro destellan
 las cúpulas barnizadas
 de sus preciosas iglesias.
 Y cual nítidas palomas,
 que allí su nido tuvieran,
 en los plácidos jardines
 que la mirada recrean,
 se miran diseminados
 caseríos y aldehuelas,
 y las barracas blanquísimas
 de oscura paja cubiertas.
 Sí, las humildes barracas,
 tan sencillas y modestas,
 pero que yo siempre miro
 con respeto, pues me muestran
 en su seno una familia
 que al construir su vivienda
 de la cruz santa al amparo,
 que en su techumbre se ostenta,
 la ponen con fé ardentísima
 que su pecho amante alberga.
 ¡Esta es, lector, la campiña
 de mi querida Valencia,
 jardín copiado del cielo,
 paraíso de la tierra!
 Y en el día que os recuerdo,
 se contemplaba por ella
 las que mi pluma relata
 conmovedoras escenas.
 ¿Quereis saber la conducta
 de esa clase que moteja
 de asesinos y traidores

la calumnia vil y artera?
 Pues oid cuál se portaron
 los labriegos de Valencia.
 No importa que el rubor tiña
 hoy sus megillas morenas,
 al escuchar el romance
 que sus virtudes refiera.
 No me importa... calumniados
 son muchas veces, y es fuerza
 que una vez siquiera tan solo
 la justicia resplandezca.
 Escuchad, pues, mi romance
 hasta el fin, y como muestra
 os copiaré algunas pláticas
 que yo venturoso oyera
 entre la gente que huía
 y aquellas gentes modestas,
 que á todos les ofrecieron
 blanda cama y limpia mesa.
 —Buen labriego, buen labriego,
 de una barraca en la puerta
 dice afligida una madre,
 que á un niño amorosa estrecha:
 buen labriego, la fatiga
 me impide seguir... quisiera
 un albergue, os lo suplico
 de pesar y angustia llena:
 no me negueis vuestro amparo...
 en esta bolsa se encierra
 una cantidad crecida;
 cobraos, pues, lo que sea.
 —Señora, dice el labriego,
 que enternecido se acerca,
 ¡ay señora de mi alma!
 ¿por qué hacerme tal ofensa?
 pobre soy, ello es ciertísimo,
 y escasamente la tierra
 que cultivo el alimento
 para mis hijos me presta;
 pero, señora, en su vida
 los labradores comercian
 con la caridad que ejercen,
 si ocasion se les presenta.
 Entrad, pues, en mi morada;
 otros muchos hay en ella,
 que cual vos aquí llegaron
 pidiendo amparo y clemencia;
 mas en tanto quede un sitio,
 y haya un pan en mi vivienda,



antes que nuestro, es de todo el que angustiado aquí venga huyendo de los peligros que en la capital le cercan; y la paga que queremos se nos dé por recompensa, es que las faltas perdonen en que han de incurrir por fuerza nuestra sencilla ignorancia y conocida pobreza.

—Oye, esposa de mi vida, dice un labrador que llega á su pueblo desalado y fatigoso se sienta; oye, esposa de mi vida, á la ciudad bombardean en pasando pocas horas. La muger llorosa tiembla. Y le responde afligida: —¡Dios á los *amos* protejalos! —
—¿A los *amos*? él replica, antes que les sobrevenga desgracia alguna, al instante voy con el carro á Valencia, y á nuestra casa les traigo aunque venirse no quieran.

—¡Ay esposa! ¿y si te matan? —
—Si me matan... bien pudieran suceder, que al fin y al cabo las balas diz que son ciegas; mas los *amos*, tú lo sabes, nos sirven de Providencia; sus padres de nuestros padres siempre protectores eran, sus hijos con nuestros hijos cariñosos aquí juegan, y estos lazos, buena esposa, y quien ingrato no respeta, es indigno de que el cielo amoroso le proteja:

con que á Valencia me marchó, y por Dios no me detengas. —No te detengo, y me gusta escucharte como piensas; y mira, será posible que allí de todo carezcan, para que coman al punto

llévate algunas frioleras, y diles que no se alijan y lo tomen con paciencia.

—Bien está, esposa querida, con que adios.

—Que pronto vuelvas; yo le pediré á la Virgen que un buen viaje os conceda.

—Si á tal Señora recurres, y por nosotros le ruegas, no temas, querida esposa, que desgracias nos sucedan.

Mas allá desfallecido cierto jóven se contempla y una anciana se aproxima y le dice con voz tierna:

—¿Qué te aflije, pobre jóven?

—¡Ay madre mia, qué pena! dos hermanos escapamos de la ciudad de Valencia, y mi hermano perseguido fué á la salida de cerca, y tal vez se encuentre preso, yo sin recursos!

—Espera, hijo del alma, y no llores, responde la pobre vieja, no te aflijas, mi morada es aquella humilde cueva, pero ven, tuyo es mi lecho, á mí me basta una estera; un pobre arroz puedo darte, harás mal si lo desprecias.

Y á qué seguir relatando la caridad, la nobleza de los labriegos fué tanta en ocasion tan suprema, que como propias lloraron las desventuras ajenas. No olviden, pues, nunca, nunca, que de gozo el alma llena hoy sus virtudes publico en mi trová verdadera, para que de ejemplo sirvan para honra de Valencia.